

*Latinoamérica criminal*



LITERATURA RANDOM HOUSE

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2014, McSweeney's Quarterly Concern y colaboradores, San Francisco, California

© Daniel Galera, por la introducción y la selección de relatos

© 2014, Santiago Roncagliolo, Mariana Enriquez, Jorge Enrique Lage, Alejandro Zambra, Joca Reiners Terron, Juan Pablo Villalobos, Andrés Felipe Solano, Rodrigo Blanco Calderón, Andrés Ressa Colino, Bernardo Carvalho, Rodrigo Hasbún y Carol Bensimon

© 2014, Rodrigo Rey Rosa, reproducido con permiso de The Wyllie Agency (UK) Limited

© 2014, Mercedes Vaquero por la traducción de los relatos «El sol de los ciegos», «Celos» y «Caballos entre el humo»

© 2014, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

*Primera edición: septiembre de 2014*

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-397-2911-2

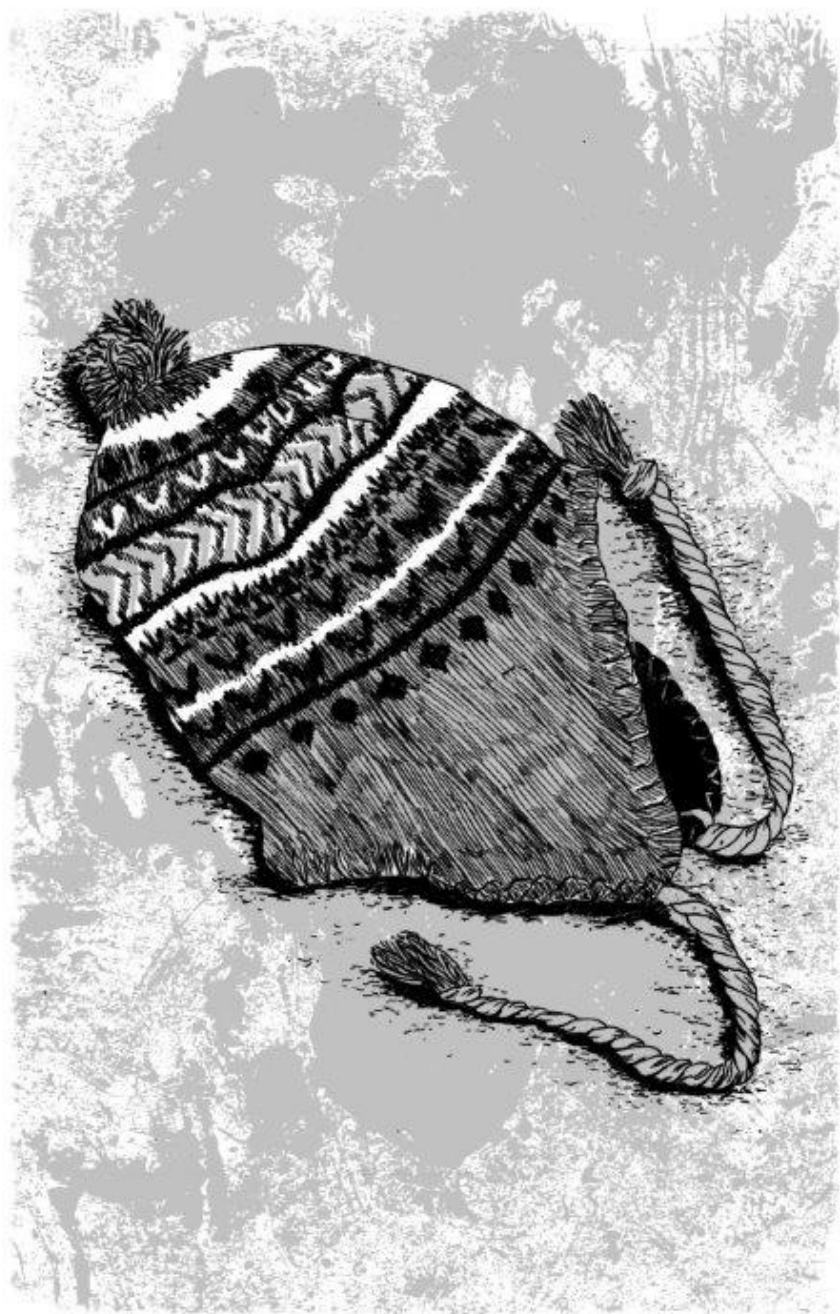
Depósito legal: B-14176-2014

Fotocomposición: La Nueva Edimac, S. L.

Impreso en Cayfosa (Barcelona)

## ÍNDICE

Introducción, <i>Daniel Galera</i> . . . . .	9
La cara, <i>Santiago Roncagliolo</i> . . . . .	13
El chico sucio, <i>Mariana Enriquez</i> . . . . .	35
Perras, <i>Jorge Enrique Lage</i> . . . . .	61
Hacer memoria, <i>Alejandro Zambra</i> . . . . .	87
El sol de los ciegos, <i>Joca Reiners Terron</i> . . . . .	107
América, <i>Juan Pablo Villalobos</i> . . . . .	129
White Flamingo, <i>Andrés Felipe Solano</i> . . . . .	147
1986, <i>Rodrigo Rey Rosa</i> . . . . .	165
Emuntorios, <i>Rodrigo Blanco Calderón</i> . . . . .	197
En el cuerpo oscuro de la noche, <i>Andrés Ressa Colino</i> .	213
Celos, <i>Bernardo Carvalho</i> . . . . .	235
Tanta agua tan lejos de casa, <i>Rodrigo Hasbún</i> . . . . .	251
Caballos entre el humo, <i>Carol Bensimon</i> . . . . .	273
BIOGRAFÍAS . . . . .	293



# LA CARA

Santiago Roncagliolo

—¿Es ella o no es ella?

—No lo sé, doctor. Podría ser cualquiera.

El fiscal Félix Chacaltana frunció el ceño. A lo largo de su carrera había levantado todo tipo de cadáveres: muertos conocidos y desconocidos, muchos de ellos indocumentados, algunos en avanzado estado de descomposición. Casi siempre había sido posible identificarlos con la ayuda de algún pariente o amigo. Pero para el reconocimiento hacía falta que el cuerpo tuviese una cara. Y éste no tenía.

—Ojalá no sea ella —dijo el agente Basurto, moviendo la cabeza con preocupación—. Cantaba bien bonito, doctor.

—«Canta», agente. En presente. Hasta que no se certifique el deceso por escrito, la señora está oficialmente viva.

—¿Y entonces quién es ésta?

El fiscal se encogió de hombros. Dentro del tráiler no se podía estar de pie, y los dos funcionarios estaban sentados frente al cuerpo inerte, a ambos lados de una mesita de café, como en un almuerzo campestre. Volvieron a mirar la masa sanguinolenta, esa mezcla informe de pelo, piel y huesos. En el lugar de ese moco rojo, horas antes había habido un rostro.

—¿Con qué le han dado? —siguió preguntando el policía—. ¿Una piedra?

—No creo. Una piedra es difícil de manejar. Y la víctima debe haberse defendido. Para hacer esto bien, hace falta un martillo.

Chacaltana imaginó la punta del martillo hundiéndose en la carne, penetrando los globos oculares, quebrando los huesos del cráneo. Pero su mente volvió rápidamente hacia su

problema principal: el procedimiento de identificación del cadáver. No recordaba ninguna especificación en el reglamento para un caso como éste. Y sin identificación, no podría cerrar el acta correspondiente. Odiaba dejar a medias los procedimientos administrativos.

—¿Y no llevará un documento de identidad en algún bolsillo? —preguntó.

—Ese traje no tiene bolsillos, pues, doctor —se rió Basurto, que de los procedimientos no sabía una palabra, pero debía ser una autoridad en vestuario folklórico.

Los ojos del fiscal Chacaltana se posaron en el majestuoso vestido de la víctima: el corpiño de flores rosa y verdes, la pollera gigantesca y el pañuelo amarillo amarrado a los hombros. Después de matarla, el asesino se había tomado la molestia incluso de colocarle su sombrero andino. Así que, aparte de la cara machacada a mazazos, la mujer lucía muy presentable.

—La gente tiene que portar siempre su documento de identidad —regañó el fiscal—. Yo siempre lo llevo, para facilitar la labor de las autoridades en caso de ser víctima de homicidio, sea culposo o doloso.

—Aah —confirmó el policía, y los dos guardaron silencio un momento y miraron por la ventanilla, hacia la explanada llena de botellas vacías y colillas.

Al fondo el escenario seguía colocado, pero sin luces, ni músicos, ni instrumentos, parecía desnudo. Eso le recordó algo al fiscal.

—Las mujeres a veces guardan cosas en su ropa interior. ¿Y si lleva su DNI por ahí?

—Puede ser.

—¿Y si mira usted?

—¿Yo?

—Claro. ¿Usted no es policía?

—Suboficial de tercera, doctor.

—Ya, pues. Mire.

—¿Quiere que manosee a una muerta?

Los dos se volvieron hacia la susodicha, como si los hubiese sorprendido hablando mal de ella. Tenía un aire plácido, y el fiscal estuvo a punto de pedirle disculpas.

—Quiero que cumpla con su deber —murmuró.

—Doctor, con todo el respeto que me merece su persona en el aspecto profesional y humano, permítame recordarle que la occisa aquí presente tiene la complexión física de la señora Casilda Martínez Vilcas, lleva el traje de la señora Casilda Martínez Vilcas, fue hallada en el tráiler-camerino de la señora Casilda Martínez Vilcas, a cien metros de donde la señora Casilda Martínez Vilcas dio un concierto horas antes. ¿No podemos deducir que se trata efectivamente de la señora Casilda Martínez Vilcas?

—Usted no está aquí para deducir, oiga. Está aquí para investigar. ¿Y si el asesino quiere hacernos creer eso para confundirnos? ¿Y si la señora Martínez Vilcas está viva?

—Ojalá, doctor. Porque era una mujer muy buena. Y cantaba bien bonito.

—«Canta», suboficial. Y ahora, revise.

El policía se resignó. Trató de no mirar al cadáver a los ojos, o a donde habían estado los ojos, y, lentamente, acercó las manos al busto y las introdujo en el corpiño aprovechando las amplias mangas vaporosas. Estuvo revolviendo por ahí un buen rato, escudriñando la región del antepecho, hasta que exclamó:

—¡Ajá!

Volvió a sacar las manos y miró al fiscal Chacaltana con ojos triunfales.

—Mire, doctor: un billete de cien soles. Con esto podemos irnos a almorzar.

La terrible muerte de Casilda Martínez Vilcas conmovió al Perú entero. Se extendió la historia de que había sido violada y asesinada por ladrones salvajes. Lima es un lugar violento, y ni siquiera la Princesita de Huancayo estaba a salvo. A su en-



tierro asistieron miles de llorosos fans, muchos de ellos niños. Las figuras de la canción la recordaron como una mujer con un corazón de oro. Los vendedores ambulantes lanzaron una línea de calcomanías con su figura, llevando unas alitas de ángel en la espalda. Una asociación católica de Huaraz pidió al Vaticano que la nombrasen santa.

La imagen de la cantante, siempre vestida con el traje típico de su región centroandina, se multiplicó en las portadas de los diarios populares. Sus tristes canciones de amor y dolor inundaron las radios. El fiscal Chacaltana nunca había escuchado esas canciones antes, pero ahora se le grabaron en la memoria. Sobre todo le llamó la atención el huayno «El mentiroso», cuyo estribillo decía: «Me has engañado, sinvergüenza, se te debería caer la cara».

El único que no parecía conmovido era el suboficial de tercera Basurto, cuya penosa investigación no cumplía los requisitos mínimos de su profesión. Había logrado confirmar la identidad del cadáver con la ayuda del marido. La víctima era sin duda Casilda Martínez Vilcas. Pero aparte de eso, no había progresos. Chacaltana no paraba de llamar al policía a reclamarle informes para poder dar curso al trámite de rigor. Pero Basurto, o no estaba, o no tenía nada que informar. El talante de Félix Chacaltana era más bien reservado y tímido, pero la ineptitud del policía lo sacaba de quicio.

—¿Cómo que no ha practicado ninguna diligencia, Basurto?

—Efectivamente, doctor. De momento las cosas están estables.

—Agente, las cosas no tienen que estar estables. Tienen que avanzar.

—Usted tiene muchas prisas, doctor —respondía Basurto con evidente impaciencia—. Yo sí le pediría un poquito de respeto para con la autoridad que represento.

El fiscal se enteraba de más detalles por la prensa amarilla que por los canales oficiales. El sindicato de maestros de Huancaayo y el Ministerio de Cultura dedicaban homenajes a la artista que nos había dejado prematuramente. Pero Basurto ni

siquiera le dedicaba media hora diaria. Tardó dos semanas en remitir a la fiscalía las declaraciones de los testigos. Eran sólo tres, llenos de contradicciones, vacíos y erratas. Además, ninguno llevaba la firma del declarante.

—¡Basurto, estos informes no sirven para nada! —le dijo por teléfono esa tarde Chacaltana, fuera de sus casillas.

—Usted es demasiado detalloso, doctor.

—¡No es un detalle! El testigo tiene que firmar, pues. Si no, ¿cómo sé yo que no se ha inventado los informes usted?

—No sea malpensado, oiga —se ofendió el policía—. ¿Cómo me los voy a inventar?

—Es una hipótesis.

—Yo no soy ninguna prótesis. Y tampoco soy ningún mentiroso, doctor. Soy un policía honesto.

—Usted no entiende...

—¿Ahora me está diciendo bruto?

—Basurto, no...

—¿Sabe qué, señor fiscal? ¿Quiere testigos? Búsquelos usted mismo.

Y el policía colgó el teléfono. Chacaltana se quedó con el auricular en la mano. No estaba seguro de si debía disculparse o exigir disculpas. Sin duda, Basurto decía la verdad: no podía inventarse los informes. Esa labor requería una inteligencia que el suboficial de tercera, simplemente, no tenía.

El fiscal subió el volumen de la radio. En el programa de música, el locutor precisamente hablaba de la Princesita de Huancayo. Con tono almibarado y solemne, decía que el Perú aún lloraba la muerte de una de sus artistas más queridas, la reina del sentimiento andino, a la que habían matado unos ladrones desgraciados. Luego puso una canción, y el fiscal Chacaltana volvió a escuchar esa letra, que no dejaba de zumbarle en la cabeza:

«Me has engañado, sinvergüenza, se te debería caer la cara».

—Buenos días. Soy Félix Chacaltana y represento al Ministerio Público. Vengo en pos de cumplimentar debidamente un procedimiento administrativo.

—¿Ah?

El hombre que había abierto la puerta era gordo y tenía la boca grande, como un sapo gigante. Debía acabar de despertar, porque sus ojos legañosos tardaron varios segundos en fijarse en el rostro de Chacaltana. El funcionario quiso imprimir cierto rigor a la situación, así que explicó:

—Soy fiscal.

—Uy, chucha... Yo no sé nada, jefe. ¿Ah?

Chacaltana llevaba puesta una sonrisa amable y tranquilizadora, pero no funcionó. La tez oscura de su anfitrión adquirió cierto tono amarillo, y sus ojos, ahora sí, se abrieron nerviosos y comenzaron a mirar a todas partes. El fiscal leyó sus datos de la declaración:

—¿Usted es el señor Elmer Cachay, edad treinta y seis años, raza cobriza, primo de la señora Casilda Martínez Vilcas?

El otro musitó un sí, tan débil como pudo. Luego guardó silencio. El fiscal preguntó:

—¿Puedo pasar?

—¿Por qué?

—Es con referencia a su declaración ante la policía, respecto al fallecimiento de su prima. He encontrado algunas irregularidades que requieren mi intervención...

—Uy, chucha —repetió Cachay.

Sus ojos seguían moviéndose de un lado a otro, como un péndulo. Pero dejó entrar al fiscal.

La casita, en el distrito de Ate-Vitarte, se veía a medio construir. La sala, donde se sentó Chacaltana, estaba entera, incluso con rejas en las ventanas. Pero unas escaleras de cemento aún sin pintar llevaban a un segundo piso donde asomaban ladrillos desnudos y varas metálicas sin pared. Chacaltana escogió sentarse a espaldas de la escalera, frente a una mesa con mantel de plástico. Cachay se colocó frente a él.